

EN EL MOMA | Trazos de una personalidad pionera:

ALEXANDER CALDER:

Poesía y juego en el espacio

CECILIA VALDÉS URRUTIA

“Uno de los objetos de Calder es como el mar... Siempre comenzando de nuevo, siempre nuevo”, escribía el filósofo Jean-Paul Sartre, en París. Corrían los años 20. En esa misma ciudad, el artista estadounidense visitó el taller de Piet Mondrian, donde fue seducido por “una envolvente atmósfera abstracta”: sintió que debía darles movimiento a las obras del holandés. Ello fue clave “para reimaginar la escultura como un experimento en movimiento en el espacio. Lo suyo fue una incursión moderna y vanguardista, desde un inicio”, consigna el Museo de Arte Moderno de Nueva York sobre uno de los artistas más admirados del siglo XX y especialmente querido en ese museo.

El inventor de los móviles —precursor del arte cinético— pintó y dibujó en papel, hizo asombrosas figuras en madera, con alambres y corchos; trabajó en escenografías, típicos, carteles, joyas, juguetes y esculturas monumentales. Pero su aporte esencial fue la invención de los móviles, cuyo nombre se debe a su amigo y compañero de obras colaborativos: Marcel Duchamp. “Un móvil es un trozo de poesía que baila con la alegría de vivir y nos sorprende”, decía Calder. Y ello permeó el arte y la arquitectura, “animó la vida”, llegó al diseño, a la publicidad, al teatro, la música, a cuentos y libros.

La trayectoria de ese genio inventivo de una personalidad carismática, coinciden las biografías de Alexander Calder (1898-1976), está muy unida al Museo de Arte Moderno de Nueva York. Fue el primer lugar donde expuso, en 1930, poco después de que el nuevo museo abriera sus puertas. Muchas de sus piezas son hitos del arte del siglo XX y se encuentran en espacios públicos, en parques y terminales de aeropuertos donde iluminan el tránsito de pasajeros.

La muestra en el MoMA transita por su evolución y por pasajes más desconocidos de su vida y relación con el museo. Se exhiben más de 70 piezas, hay filmes y fotografías que exponen en el Jardín de esculturas y en el tercer piso del edificio de la calle 45. La exposición “Calder, moderno desde un inicio” —señalan los curadores Cara Manes, Zuna Maza y Makayla Bailey— reúne obras del museo y de la Fundación Calder, entre ellas algunas raramente vistas antes y se revelan secretos de “sus dobles”, en relación con la confección de sus maquetas.

En plena vanguardia

El encanto y el humor de Calder seducían a todos. Creó en una familia de artistas en Pensilvania, Estados Unidos. Y desde muy niño mostró un agudo ingenio: hizo una jaula para un león y construyó varias arcos de Noé, a tamaño infantil. Pero decidió estudiar, ante unos años de ingeniería mecánica (que luego le serviría mucho) y solo después ingresó a estudiar arte en la Escuela de Nueva York, en 1923. Partió a vivir a París en plena vanguardia artística, entre 1926 y 1933. Asistió a la Academia de la Grande Chaumière. Dibujó a lápiz y tinta y hacía unos personajes en alambre asombrosos.

Hizo el mágico “Cirque Calder” —el

El ingenioso artista —que hizo el “circo más pequeño del mundo” y una casa de muñecas con ascensores para sus hijas— inventó los móviles y se transformó en el precursor del arte cinético. Figura clave del arte del siglo XX y del MoMA, el museo presenta una reveladora exposición.



“Mariposa de Sandy”, 1964, ícono de su obra en movimiento, Calder.

espectáculo de arte más pequeño del mundo”, como lo llamó una vez The New York Times—, donde recreó al Circo Barnum con 70 pequeños personajes y animales, que construyó en corcho y alambres, los que actualban poéticamente frente a distintos públicos mientras comían maní. Ese circo tenía acróbatas, domadores de leones, tragapapas “que arriesgan su vida en cada presentación y por eso hay ambulancia”, reza Calder.

El circo y sus figuritas de alambre, como aquella sobre la bailarina Josephine Baker casi suspendida en el aire, le valieron hacerse un nombre entre Jean Arp, Marcel Duchamp, Joan Miró y Piet Mondrian... En esos primeros “retratos de alambres” usaba la línea en una propuesta abstracta y liviana, que parecía levitar.

En 1931, el mismo año en que visitó el taller de Mondrian, se casó con la estadounidense Louisa Cushing James. “Y el concepto de movimiento en el arte se transforma en un principio estético central de su obra”, precisa la curadora. Ingresó al



El propio Calder montó su exposición que inauguró el nuevo MoMA de Nueva York.

grupo Abstraction-Creation: hizo su primer móvil. Ese ambiente lo impulsó a encontrar un lenguaje visual propio.

Inaugura el nuevo MoMA

Calder iba y venía desde París a Nueva York. Pero empezó la embestida nazi en Europa. Y volvió a su país. Se instaló con su familia en una casa de campo del siglo XVII, en ruinas, ubicada en Connecticut. Tenía ahí su desordenado y alborotado taller en donde bajo móviles que se agitaban sobre su cabeza él experimentaba. Les construyó allí a sus dos hijas una casa de muñecas con ascensor



70 piezas integran la muestra y revelan su lucidez e invención que abrió una nueva estética, admirada por figuras como Sartre.



“Viuda negra”, famosa y evocadora escultura en acero negro pintado. Fue hecha en 1959.

Unos años después, el 8 de mayo de 1959, en una importante comida con mecenas de museos e invitados especiales, celebraba el décimo aniversario del MoMA, todos sentados en una mesa adornada con obras-candelabros hechas especialmente por Calder. Había tenido un rol clave en la planificación y puesta en escena de la muestra inaugural, llamada “Arte en nuestro tiempo”.

Le habían encargado un móvil colgante para la gran entrada a las escaleras (“Lobster trap and fish tail”, 1959), que se mantiene hasta hoy en el mismo lugar. Calder hizo para esa misma exposición una de sus primeras piezas para el exterior, “Steel fish”.

También creó un delicado volumen abstracto con hierro pintado, alambre de acero, motor y madera con cuerda, encargado por Abby Rockefeller. La muestra tiene además obras clave casi inéditas como “Man-Eater with pennants”.

Calder llegó a ser parte de la identidad del MoMA. Como escribió la legendaria crítica del New York Times, Roberta Smith hace unos días: “Para el museo, Calder es algo así como su Picasso americano, ambos hijos preoces de artistas entrenados académicamente; ambos formados por la vanguardia parisina”. Y era tan así que, en 1943, fue elegido para inaugurar la nueva sede del museo en la calle 45. Fue el artista más joven en tener una retrospectiva allí.

“Relación con el cuerpo”

Las esculturas monumentales y estáticas de Calder son también una faceta muy destacada y hay piezas famosas en el MoMA. En ellas (por lo general livianas debido al escaso material que empleaba) evocaba animales o un mundo vegetal. “Varias de esas piezas en acero, las trabajó originalmente en maquetas de mesa, como ‘Black bear’, que se exhibe en su formato pequeño y grande (y revelan su proceso)”, añaden los curadores. Sobresale la evocadora y reconocida “Viuda negra”, de 1959, una gran escultura en acero pintada de negro. Más luminosa es su colorida “Mariposa de Sandy”, de 1964, ícono de su hacer que se relaciona con sus móviles y que construyó con láminas de acero y varillas de hierro en rojo, amarillo, negro y blanco.

La experiencia de mirar el proceso de hacer una escultura “implica una relación con el cuerpo y el espacio. Y la aproximación a ella es muy necesaria”, comentaba Calder. El mismo artista (“con sus vivaces ojos celestes”) montaba sus piezas y hacía la puesta en escena de las exposiciones más importantes. Dominaba el concepto y la práctica: participó en emblemáticas performances, como las musicales con John Cage, y realizó escenografías. La curadora Sandra Antelo-Suárez señala: “Su obra sitúa al acto estético en un encuentro, en un juego mental sin guiones, con colaboraciones en desarrollo. Su obra es un evento entre la creación de arte, la imaginación del espectador y el tiempo”.

Alexander Calder se internó en una nueva manera de concebir el volumen, en ese nuevo concepto y relación con el espacio. A algunos de sus primeros móviles los activó y desplegó desde sus pedestales en el suelo o desde la pared. Otros se movían libremente en el aire interviniendo el espacio. Pero como dijera su hácido observador Jean-Paul Sartre: “Sus móviles no significan nada, no nos remiten a nada que no sean ellos mismos son, eso es todo. Son absolutos. Atrapan auténticos movimientos vivos y los dan forma”.

Calder contaba en sus últimos años, en el MoMA, que “solía impulsar mis pequeños móviles con pequeños motores eléctricos y aunque lo he dejado, me gusta porque se puede producir un movimiento definido... Pero hay veces que me gusta más dejarlos así, solos, que sean impulsados mecánicamente: como la coreografía de un ballet...”.

Crítica de arte

Galerías Patricia Ready y Madre

Dos nombres nuevos

WALDEMAR SOMMER

Dentro de exigencias sanitarias dispares —de acuerdo a la actividad desarrollada—, varias exposiciones de plena temporada han debido postergarse. Sin embargo, como si en el presente año la pandemia pretendiera hacerse perdonar a través del arte, el nivel de calidad general de ellas parece haberse intensificado. Es el caso de la reinauguración en Galería Patricia Ready. Se trata de dos nombres nuevos. Coinciden ambos en edad —nacidos, respectivamente, en 1981 y 1980—, calidad plástica y genuina imaginaria. No obstante, cada uno representa mundos diametralmente opuestos. Así, Rodrigo Valenzuela entrega fotografías en blanco, negro, más una amplia gama de grises, montadas sobre livianos armazones de madera. A primera vista parecen pinturas. Las originales puestas en escena de estas obras armonizan su prototipo y rico repertorio de aceras piezas de maquinaria industrial, dispuestas dentro de cúbicos y anónimos espacios fabriles, con una peculiar neblina

QUE LO INVADIE TODO.
De ese modo, la dureza y frialdad de los presuntos componentes de metálica utilitaria mecánica resulta suavizada, esfumada por el sedoso e inesperado claroscuro reinante. Este, además de ampliar el espacio, imprime a la composición una capacidad de atractivas sugerencias animadas. Y de tal manera, que es imposible no asociar estos trabajos al universo de Matta, con sus burlescos máquinas humanizadas, en medio de espacios que se prolongan indefinidamente. Por supuesto, más atrás de ambos artistas divisamos a Duchamp con el Gran Vidrio y sus actores. Por lado por entero diferente, no resulta aventurado pensar que las actuales fotografías de Valenzuela no se hubieran podido realizar más que en USA, donde hoy no solo reside, sino que es muy bien valorizado.

Desde hace 17 años viviendo entre Chile e Inglaterra, la catalana Andrea Lería nos sorprende en la Sala Gráfica de la misma galería de Viñara. Medular emerge aquí la imaginativa interpretación de su propio archivo familiar, donde la presencia de tres

NEUVA OBRA PARA UN MUNDO SIN TRABAJADORES
El mundo sugerente de Rodrigo Valenzuela, a partir de piezas de maquinarias invadidas por la niebla

JARDINES DE RESISTENCIA
Andrea Lería y una bella e intimista interpretación del pasado familiar
Lugar: Galería Patricia Ready

TRES AMANTES
Atractivas floraciones con plastilina multicolor, de Magdalena Atria
Lugar: Galería Madre
Fecha: hasta el 31 de julio



Rodrigo Valenzuela entrega fotografías en blanco, negro, más una amplia gama de grises, montadas sobre livianos armazones de madera.

generaciones femeninas, especialmente de la abuela difunta, se proyecta a través de pinturas, fotografías del siglo antepasado, neón, la trituración de un libro y una carta intima escondida en él, recuerdos de viajes rescatados mediante diapositivas y una desvaída filmación doméstica. Sobre papel, en carboncillo para las cabezas y gouache papel para ganachillos de tejer diseñados como vestimenta, dos amplios y hermosos retratos juveniles de la artista inician el

bien hilvanado conjunto. Pero pronto, la acción se desplaza radicalmente al injerto de su rostro en las pequeñas, remotas instantáneas de estudio intervenidas. La viveza e inquietud de nuestros días contrasta acá con la rigidez solemne de cuerpos de otra. La misma libertad formal alcanza a encarnarse en una frase clave de aquella misiva furtiva, ahora en tubos fluorescentes. Y se acentúa en un par de retratos al óleo, presididos por carta y libro triturados en un efecto

de textura bastante textil. Podríamos decir que, hasta aquí, se logra lo fundamental de la exhibición. Probablemente su continuación cubrirá consideraría un muy adecuado complemento. Se trata de las iluminadas diapositivas rememorativas, de las distintas agrupaciones de retratos infantiles y de adolescencia, de las evocaciones de viajes iluminados. No obstante, este sector se halla asimismo impregnado del mismo intimismo poético de la muestra entera.

Abstracciones informalistas en plastilina multicolor de Magdalena Atria nos propone Galería Madre. Parece conducirnos esta especie de fluente magna o lava optimista, al mismo tiempo a ámbitos de floraciones vegetales exuberantes y a coloridos organismos de fondo marino. En todo caso, su dinamismo envuelve la mirada del espectador. En cambio, los dibujos con grafitos y sin coloración operan sobre nuestra imaginación como densos y cambiantes cielos nublados. Los gouaches sobre papel constituyen, entretanto, simplificaciones de las plastilinas florales. Hay también aduras en cerámica. Concretos diseños conformados por lagos tuberías de diámetros variados, ya al natural, ya pintadas con esmaltes, ya cubiertas con coloridos hilos de lana de color; son estas últimas las que nos convencen mejor.